

PERFILES DE CORRUPCIÓN EN EL SUDESTE ASIÁTICO

MANFRED WILHELMY VON WOLFF.*

Introducción

El propósito de este trabajo es presentar un conjunto de perfiles del problema de la corrupción en los países de la Asociación de Estados del Sudeste Asiático (ASEAN), con el fin de aportar antecedentes para la comparación internacional en la materia.

La incidencia de la corrupción en estos sistemas políticos es muy variada. En términos generales, es posible afirmar que la corrupción se encuentra más extendida y arraigada en Filipinas, Tailandia e Indonesia, mientras en Malasia y Singapur se encuentra menos desarrollada.

Esta diversidad de situaciones nacionales pone de manifiesto la dificultad de asociar el fenómeno de corrupción con determinados factores y variables que operan a nivel nacional, así como de identificar algo así como una pretendida «corrupción asiática» que pudiera confrontarse con los correspondientes fenómenos latinoamericanos o europeos. En términos de tamaño hay bastante heterogeneidad entre los miembros de ASEAN, que comprende dos pequeños países, Singapur y Brunei, el primero de los cuales es una verdadera ciudad-estado, que bordea los tres millones de habitantes en un territorio de 600 Km² (no nos referiremos en este ensayo al caso de Brunei, un pequeño sultanato exportador de petróleo). Malasia, Tailandia y Filipinas se ubican en la categoría (bastante imprecisa) de países medianos, mientras Indonesia, un vasto archipiélago de 13.000 o más islas (la estimación del número de islas varía cada cierto tiempo) es, con alrededor de 180 millones de habitantes, uno de los gigantes demográficos del siglo XX. En este grupo de países, el que más progresos ha hecho en la lucha contra la corrupción es Singapur. Cabe preguntarse si ello indica que tal logro es una meta a la que pueden aspirar principalmente países pequeños como esta ciudad-estado, donde el gobierno tiene posibilidades reales de controlar efectivamente la conducta de los agentes públicos y privados.

Los sistemas políticos en el área de ASEAN son generalmente autoritarios, aunque en varios de ellos hay sistemas partidistas y electorales relativamente desarrollados (Malasia, Tailandia, Singapur y Filipinas), y al menos en uno (Filipinas) se cuenta con una tradición importante de libertad de expresión, especialmente en la prensa escrita. Con excepción de Tailandia y Filipinas, que en el período más reciente no han superado sus problemas de inestabilidad política, los países de ASEAN tienen sistemas políticos bastante estables: los últimos episodios de conmoción política significativa datan de comienzos de los años 60 (Singapur) o de mediados o fines de dicho decenio (Indonesia y Malasia, respectivamente).

* Doctor en Ciencia Política U. de Princeton. Profesor Titular de Relaciones Internacionales Instituto de Ciencia Política P. Universidad Católica de Chile. Secretario Ejecutivo Fundación Asia Pacífico

En cuanto al desarrollo económico, éste es, en general, muy dinámico. Singapur es uno de los «dragones» o «tigres» del Este de Asia (junto a Corea del Sur, Hong Kong y Taiwan). Tailandia y Malasia compiten por situarse en el umbral de esta admirada condición, mientras Indonesia, cuya economía sigue encontrándose fuertemente concentrada en la producción y exportación de materias primas, es todavía un importante receptor de ayuda para el desarrollo, aunque en rápido proceso de transformación hacia un mayor nivel de industrialización y de inserción en la economía internacional. Filipinas, que en el pasado se consideraba uno de los países más promisorios de la región, se convirtió en un caso especial de atraso en ASEAN, en el contexto de más de 20 años de crisis política y económica entre la dictadura de Ferdinando Marcos y fines de los años 80.

En las siguientes páginas se desarrollan cinco perfiles nacionales de factores políticos y económicos relacionados con la incidencia de la corrupción. A través de estos perfiles procuramos avanzar hacia la identificación de aspectos que eventualmente podrían dar cuenta de diferencias internacionales e interregionales, aunque -parece superfluo advertirlo-, la naturaleza del ejercicio es ilustrativa, exploratoria y preliminar.

Indonesia: La Política del Nepotismo

El régimen del «Orde Baru» (Nuevo Orden) que desplazó al dictador populista Sukarno, quien protagonizara un fallido intento de golpe de estado coludido con los comunistas, se instauró a partir de 1965. El presidente Suharto ha encabezado desde 1967 un régimen militar con participación civil limitada, en el que la organización semioficial denominada GOLKAR («Grupo Funcional») cumple tareas de canalización de apoyo, movilización y control político. El nivel de concentración del poder político en el gobierno central, y especialmente alrededor de la figura de Suharto, es muy alto. El presidente, que se caracteriza por mantener un perfil bajo de conducción política, controla efectivamente los resortes del poder burocrático y militar, lo que le ha permitido ser reelegido una y otra vez para nuevos períodos presidenciales. En 1993, la Asamblea Consultiva del Pueblo reeligió a Suharto para un quinto período de cinco años. La Asamblea está formada por los 500 diputados de la Cámara de Representantes y quinientos miembros adicionales civiles y militares.

Desde la época de Sukarno, la economía indonesia se ha caracterizado por la fuerte intervención del estado. No obstante, como en otros países de ASEAN, una alta proporción de la riqueza se concentra en manos de la minoría étnica de origen chino, que ha aceptado este intervencionismo a cambio de la relativa seguridad que le ha otorgado el régimen autoritario para el desarrollo de sus múltiples empresas. La tendencia a la desregulación económica y la apertura de la economía al comercio y la inversión extranjera data solamente de la década pasada, y es una tarea que no se ha completado, aunque los avances son importantes y han impulsado la modernización de la economía indonesia.

El fuerte elemento de deferencia a la autoridad personal que permea la

cultura política indonesia (básicamente la cultura de la mayoría javanesa del país) se une a la percepción de estabilidad y bienestar relativo alcanzado bajo el «Orde Baru», favoreciendo el continuismo de Suharto y desincentivando el surgimiento de alternativas políticas, especialmente de tipo islámico. El régimen, basado en la ideología oficial de «Panca Sila» (Cinco Principios), garantiza cierto pluralismo religioso en cuanto postula la existencia de un Dios, pero evita comprometerse explícitamente con el Islam, y menos, por cierto, con alguna corriente de esta religión. Ello ha puesto un dique a eventuales fundamentalismos, y al mismo tiempo ha mantenido cierto espacio social para las minorías cristianas.

Aunque el régimen no se ha democratizado, existe cierta tendencia a la «descompresión», lo que ha permitido que se manifiesten algunas formas de crítica social (por ejemplo, a través de los movimientos estudiantiles, del teatro o de la prensa). El grado de tolerancia de las autoridades frente a estas expresiones es, por supuesto, fluctuante e impredecible.

La corrupción más significativa que se ha desarrollado en este contexto se ha dado a través del tráfico de influencias (reales o presuntas ante el propio presidente. Familiares directos de Suharto encabezan actualmente varios grupos económicos de importancia, lo que a juicio de observadores del mundo de los negocios del sudeste asiático ha contribuido a enturbiar el ambiente empresarial indonesio. Así por ejemplo, el grupo Bimantara, formado por más de 50 compañías en múltiples rubros, es controlado por Bambang Trihatmodjo, segundo hijo del presidente. La hija mayor MbakTutut es socia de Citra Lamtoro, con intereses en actividades políticamente sensibles como carreteras en concesión. En el mismo rubro y en otros opera el quinto hijo, Huomo Mandala Putra (Tommy), quien dirige el grupo Humpuss. En el directorio del grupo P.T. Mega Eltra, que tiene una posición casi monopólica en la importación de plásticos, figuran dos hijos del presidente.

El escaso desarrollo de las instituciones y procedimientos de control de las decisiones oficiales en el contexto del autoritarismo indonesio, la aparente voluntad política de desarrollar nuevos grupos económicos paralelos a los de propiedad de los magnates de origen chino (aunque inevitablemente entrelazados con éstos), y la percepción pragmática de la existencia de vastas oportunidades para materializar ventajas económicas a la sombra del poder gubernamental, han permitido que esta forma de corrupción -básicamente un tráfico de influencias al más alto nivel- ha alcanzado un desarrollo significativo a pesar de los reparos de algunos tecnócratas y de diversos actores en la escena política indonesia.¹

Malasia: La Política de la Hegemonía Étnica

Malasia estabilizó su sistema político mediante la eliminación por la fuerza de la insurgencia de orientación comunista, y por medio de la organización política de la hegemonía étnica malaya sobre las minorías chinas, hindúes y

1 Ver Leo Suryadinata, *Political contestation Indonesia*, en N. Mahmood y Z. Haji Ahmad, (eds.) *Political Contestation - Case Studies from Asia, Singapur*, (Heinemann Asia, 1990), pp. 15-28 y los informes anuales sobre política indonesia en *Southeast Asian Affairs*. (Singapur, ISEAS) y en los anuarios de *Far Eastern Economic Review* (Asia 1994, Asia 1995).

otras. Para este fin, se organizó un frente partidista que agrupa diversas colectividades leales al sistema hegemónico, con la denominación «Barisan Nasional» (Frente Nacional), liderado por el partido malayo UMNO (Organización de la Unión Nacional Malaya). Formalmente, el sistema funciona como una democracia parlamentaria bajo una jefatura de estado que reside en un monarca electo (uno de los nueve sultanes hereditarios que reina en un sultanato es elegido por sus pares como rey por un período de 5 años). En la práctica, el máximo dirigente del UMNO gobierna el país, controlando la mayoría parlamentaria del Frente y dirigiendo la poderosa burocracia estatal (modelada según el esquema británico de «Civil Service»). Desde 1981, encabeza el gobierno el Primer Ministro Dr. Mohamed Mahathir (Datuk Seri Mahathir Mohamad). Los militares gozan de consideración, pero el poder político es claramente de carácter civil.

La hegemonía política malaya tiene como contrapartida un fuerte predominio de la minoría étnicamente china en la actividad económica. Esta situación sigue prevaleciendo después de varias décadas de discriminación sistemática del gobierno a favor de los malayos en los contratos del Estado, los nombramientos públicos, la educación y ciertas transacciones privadas (como la adquisición de bienes raíces). No obstante, dado que la situación de los malayos ha mejorado en el contexto del dinamismo general de la economía, el gobierno ha proclamado que la modernización del país para alcanzar la «meta 2020» (Malasia como país desarrollado el año 2020) debe impulsarse sin exclusiones. En todo caso, a nivel político operan mecanismos de cooptación que aseguran la lealtad y la cooperación de los principales dirigentes chinos, que tienen una participación limitada en la gestión pública. De este modo, los malayos chinos aportan su talento al Estado sin poner en jaque la estabilidad basada en la hegemonía de los «bumiputra» («hijos de la tierra»).

El gobierno malasio rechaza enfáticamente toda imputación de corrupción en las esferas oficiales. Recientes insinuaciones británicas en este sentido han originado una fuerte ofensiva verbal contra Londres de parte del Primer Ministro Dr. Mahathir y sus colaboradores.

Más allá de la indudable rectitud del Dr. Mahathir y de su gobierno, así como del interés que despiertan las políticas malasias de desarrollo, los problemas de Malasia derivan fundamentalmente de la naturaleza de su régimen político. Por ejemplo, el desequilibrio de poder que favorece al Ejecutivo impide un control efectivo de los actos oficiales por los tribunales. El Dr. Mahathir demostró en los años 80 su rechazo a un desafío judicial al remover a la mayoría de la Corte Suprema (estaba en juego el control de los bienes de la UMNO en un complicado litigio que involucraba a Mahathir y sus adversarios en el partido oficial). Tampoco existe verdadera libertad de prensa. Los medios malayos no fiscalizan efectivamente al gobierno, y éste suele reaccionar severamente frente a los medios internacionales con motivo de publicaciones de tono crítico. El gobierno dispone de instrumentos legales que permiten un amplio uso del secreto oficial, así como las detenciones administrativas sin formular cargos judiciales.

Al amparo del sistema hegemónico, la UMNO, a través de redes de socieda-

des pertenecientes a políticos «bumiputras», ha desarrollado grupos empresariales que se han beneficiado directa o indirectamente de la proximidad al gobierno. En la medida que ello implica distorsiones en la asignación de recursos y afecta la imagen del gobierno, éste ha procurado distanciarse de este tipo de situación.²

Tailandia: La Política del Oportunismo

Tailandia es uno de los países del sudeste asiático más afectados por la corrupción. En los últimos años este problema ha alcanzado caracteres de crisis, puesto que las prácticas corruptas han chocado con las expectativas de los sectores políticamente más activos, especialmente en Bangkok, que procuran poner a tono el desarrollo político del país con los requerimientos de una sociedad que se moderniza rápidamente y de una economía dinámica y cada vez más internacionalizada. No obstante, la inestabilidad de los gobiernos, las expectativas de beneficios fáciles a través de la interferencia política en la economía, así como la «mercantilización» de múltiples aspectos de la vida social en que los valores y regulaciones tradicionales han perdido su influencia, constituyen serios obstáculos para la lucha contra la corrupción.

Tailandia tiene un gobierno monárquico constitucional. El rey Bhumibol es una figura venerada que limita su rol político a la moderación y el arbitraje. Las intervenciones políticas de la casa real son, por lo tanto, ocasionales, pero pueden ser -en situaciones de crisis- decisivas para el curso de los acontecimientos. Por ejemplo, en 1992 el rey prácticamente provocó la caída del primer Ministro, General Suchinda, autor de fuertes acciones represivas contra manifestantes que protestaban contra su intento de mantenerse en el poder de manera no democrática. En 1993, la reina Sirikit denunció como una situación desgraciada y escandalosa la congestión del tráfico en la capital, lo que permitió desbloquear un complejo conflicto político-financiero que impedía poner en servicio nuevas autopistas urbanas construidas con créditos externos.

El gobierno tailandés contemporáneo es alternativamente civil o militar. La clase política civil es débil en la medida que el sistema de partidos no canaliza corrientes políticas definidas y está sujeto a continuos realineamientos y alianzas efímeras de tipo oportunista. Las prácticas electorales incluyen el cohecho en gran escala, por lo que la legitimidad de muchos dirigentes es endeble. Los militares suelen incursionar en la política partidista cuando no gobiernan como tales. Por su parte, la burocracia civil, que incluye tecnócratas calificados, desconfía de la clase política y procura introducir elementos de racionalidad en el manejo de la administración del Estado.

La inestabilidad política es un factor de corrupción en la medida que la rápida rotación de los gobiernos induce a la irresponsabilidad y al cobro de beneficios de los que están en el poder, quienes anticipan que en cualquier

2 N. Mahmood, *Political contestation in Malaysia*, en op. cit. Nota 1, pp. 55-70 y fuentes periódicas citadas en dicha nota.

momento podrían tener que dejarlo. Actualmente el gobierno del Primer Ministro Chuan Leekpai, que sucediera luego de la crisis de 1992 al gobierno de administración del respetado Primer Ministro Anand, un tecnócrata sin ambiciones políticas, procura romper el ciclo inestable de la política del país, pero la trama de intrigas partidistas continúa su curso. En consecuencia, el panorama político sigue siendo altamente volátil.

Entre los militares prevalece la tendencia a formar circuitos de influencia, especialmente entre oficiales del mismo año de graduación. Por ejemplo, Suchinda y sus colaboradores provienen de la Clase 5 (1958) de la academia militar. Estos circuitos suelen entremezclar la actividad castrense en los mandos con el ejercicio de influencia política y los negocios. De hecho, la Clase 5 tendría intereses en empresas importantes. Además, los militares intervienen en lucrativas actividades en las empresas públicas (por ejemplo, la prestigiosa Thai Airways fue durante mucho tiempo «colonizada» por miembros de la fuerza aérea). El control territorial de los militares suele llevarlos a involucrarse en negocios como el maderero (especialmente la tala -muchas veces ilegal- de bosques tropicales) y el inmobiliario (desarrollo de proyectos turísticos con el consiguiente desalojo de familias campesinas).

Aunque Tailandia no es un gran productor de estupefacientes, es el país de salida de la mayor parte de la heroína proveniente del «triángulo de oro» formado por partes de Myanmar, Laos y Tailandia. Las utilidades anuales de este negocio se calculan en varios miles de millones de dólares. La recaudación y utilización de estos fondos exige, y al mismo tiempo permite, un amplio tráfico de influencias ante los funcionarios civiles y militares, especialmente de las provincias del norte del país. Se ha informado además que habría participación de elementos tailandeses en el abastecimiento ilícito de armas al Khmer Rouge, que sigue resistiendo los esfuerzos internacionales de pacificación de Camboya.

En Bangkok, las redes de explotación de mujeres tailandesas, birmanas y de otros orígenes (muchas de ellas adolescentes) abastecen una floreciente industria del comercio sexual, la que no sería viable sin la tolerancia de funcionarios públicos y especialmente de la policía. Esta, por lo demás, ha lucrado con el control de otras actividades ilícitas como el contrabando de cigarrillos importados, una actividad que ha sido rentable gracias a arbitrarias restricciones de ingreso de esta mercancía.

Las élites intelectuales y funcionarias tailandesas tienen conciencia de la gravedad del problema de la corrupción y los últimos gobiernos procuran enfrentarlo. No obstante, en la medida que el desarrollo político del país no avance hacia la superación del problema de la inestabilidad, y que siga abriéndose paso la «mercantilización» de las relaciones sociales, las tentaciones del oportunismo serán difíciles de desterrar. Esta situación incide negativamente en las perspectivas internacionales de Tailandia, ya que los inversionistas extranjeros, tan vitales para el desarrollo del país, consideran que la internacionalización de la economía debe basarse en un ambiente de negocios confiable y transparente.³

3 Chai-Anan Samudavanija y S. Paribatra, *Political contestation in Thailand*, en op. cit. Nota 1 y fuentes periódicas allí citadas.

Filipinas: La Política del Clientelismo

El sistema político filipino es una oligarquía basada en extensas redes de relaciones de clientela que canalizan lealtades y distribuyen recursos de poder en todos los niveles de una sociedad civil profundamente fragmentada, altamente desigual y afectada por el estancamiento y el subdesarrollo económico. En la medida que este sistema opera bajo las formalidades de una democracia representativa presidencialista -instituida imitando el modelo de los Estados Unidos- y que el legado de la administración norteamericana incluye un significativo nivel de educación pública, no resulta sorprendente que la política filipina sea altamente volátil e inestable y que prevalezcan en la población fuertes sentimientos de frustración y alienación. Aunque el ejercicio del «People's Power» permitió a mediados de los años 80 poner fin a la dictadura de Ferdinando Marcos, tanto el gobierno de la Presidenta Corazón Aquino como el del actual mandatario, Fidel Ramos, han sido en gran medida prisioneros de la política de intrigas entre camarillas de la oligarquía, las que han impedido desarrollar programas coherentes de gobierno en la medida que éstos han amenazado a algunos de los múltiples intereses creados.

La política de clientelas concentra los recursos de poder en clanes locales y regionales que dominan a la población mediante la dispensa de favores, la cooptación y la represión pública y privada (esta última muy importante como forma de control: se calcula en más de 500 el número de bandas armadas de distintos tamaños al servicio de los más diversos grupos con sus respectivos jefes; el gobierno de Ramos ha prometido terminar con esta forma de violencia institucionalizada, pero se estima improbable que consiga un éxito rotundo). En Manila y otros centros urbanos como Cebu hay clases medias que escapan crecientemente a estas redes seculares de dominación, pero su expresión política es todavía insuficiente. Los partidos políticos son ante todo vehículos de competencia intra-oligárquica, en algunos casos con sesgos ocultistas. En la oligarquía hay cierta renovación en la medida que elementos en las élites empresariales ascendentes, principalmente con algún grado de origen étnico chino, adquieren mayor figuración, pero este cambio aún no registra sus eventuales consecuencias políticas, que podrían ser considerables.

La dictadura de la «autocracia conyugal» de Ferdinando e Imelda Marcos se caracterizó por la corrupción del país desde el propio gobierno, dispensador de privilegios y prebendas a los amigos de los Marcos (los «cronies»), quienes a su vez participaron con entusiasmo en la repartición del botín fiscal. Los intentos de recuperar las pérdidas sufridas aún no han concluido.

Pero la reinstauración de la democracia no trajo consigo el término de la corrupción generalizada. Stanley Karnow describe el clima de la segunda mitad de los años 80:

De regreso en Manila (en los años de la Sra. Aquino) volví a oír los mismos viejos cuentos de corrupción: funcionarios de aduana dedicados al contrabando, sobornos en los contratos del gobierno, falsificación de licencias, sobornos a policías. Una comisión creada por Cory para recuperar las ganancias mal habidas por los Marcos se reorganizó luego que se revelara que sus miembros

habían sustraído parte de los fondos. Uno de los primeros partidarios de Cory, el editor de diarios Joaquín Roces, quien había sido encarcelado por Marcos, sorprendió a la presidenta en una reunión pública al decir que su régimen era culpable de «...servicio a los intereses creados, parientes y amigos.» Era obvio que se estaba refiriendo al hermano de Cory, José («Peping») y su mujer Margarita («Tingting»), los reputados jefes de empresas que comprendían desde un monopolio de los juegos de azar hasta el comercio ilegal de trueque en el sur. Un cuñado, Ricardo «Baby» Lopa, fue denunciado en la prensa de Manila por haber adquirido en una suma ridícula las empresas que el hermano de Imelda, «Kokoy», había adquirido, también en una suma ridícula. La pequeña corrupción de los burócratas subalternos refleja su lucha por sobrevivir en medio de una fuerte pobreza. La escasa inclinación a perseguir a los culpables de corrupción es el reflejo de antiguas lealtades familiares. En una oportunidad, Cory dijo a un reportero que ella había advertido a miembros de su familia que no debían abusar de sus posiciones de parentesco. Pero, dijo Cory, «a menos que les ordene entrar en estado de hibernación o irse al exilio, no sé qué más puedo hacer.»⁴

El gobierno del Presidente Ramos enfrenta una situación tal vez menos extrema, pero en todo caso parecida. El problema se comienza a atacar con algunas políticas de privatización y desregulación, así como de prevención y represión de la violencia privada. No obstante la corrupción filipina tiene profundas raíces sociales y culturales en la jerarquizada sociedad clientelística del país. El desprestigio de los políticos tradicionales (los «trapos») es un primer indicio de una menor tolerancia pública al estilo corrupto de hacer política.⁵

Singapur: La Política del Despotismo Ilustrado

Singapur es el único país de ASEAN que es generalmente considerado como básicamente libre de corrupción. Formalmente organizado como una democracia parlamentaria, el sistema político en la práctica opera como un autoritarismo de características singulares, que combina un fuerte liderazgo personal (del ex Primer Ministro y actual «Senior Minister» y Secretario General del partido gobernante, Lee Kuan Yew), un partido hegemónico (People's Action Party) y una tecnocracia económico-social eficiente, al servicio de un proyecto de desarrollo integral cuyos elementos son una economía altamente productiva e internacionalizada, una sociedad multirracial (con mayoría amplia de población étnicamente china, educada en los valores del confucionismo), y una cultura que amalgama las tradiciones y el modernismo en una visión asiática de preeminencia de la armonía social (tal cual la entiende el gobierno) sobre las pretensiones y derechos individuales. Todo esto se ha dado dentro de una perspectiva evolutiva de una sociedad que Lee Kuan Yew, 40 años atrás, consideraba atrasada y mal educada y que a su juicio requería la guía de una autoridad incontestable y benefactora para regenerarse mediante una combinación de educación y

⁴ Stanley Karnow, *In Our Image America's Empire in the Philippines*, (Manila s.f.), p. 426.

⁵ Wilfredo Villacorta *Political contestation in the Philippines*, en op. cit. Nota 1 y fuentes periódicas indicadas en la misma nota.

sanciones, a veces draconianas, del mal comportamiento social. El proyecto, rigurosamente ejecutado, no ha dejado un espacio más que mínimo a la oposición política, ya que el control de los cuadros del PAP al servicio de éste es muy eficaz. Con todo, Singapur es hoy un país económicamente desarrollado, cuya población realiza sus actividades normales sin tropiezos, salvo en la esfera política, y valora la eficacia y honestidad del gobierno, limitándose a registrar una vaga nostalgia de un mayor nivel de libertades públicas a través de cierta disminución del apoyo popular a los candidatos del PAP (actualmente del orden del 60-65%), y en algunos casos emigrando a algún país democrático occidental. Singapur es, en suma, una república autoritaria o despotismo ilustrado en cuya concepción se integran elementos de Maquiavelo, del «Leviathan» hobbesiano, del utilitarismo que Lee Kuan Yew (entonces Harry Lee) conoció en sus lecturas en Cambridge, de la ingeniería social contemporánea y del contexto socio-cultural confuciano, que enfatiza los valores del respeto filial, de la armonía y de la primacía de la comunidad sobre el individuo.

La estrategia singapurense para combatir la corrupción ha sido un elemento central dentro del propósito de internacionalización económica realizado en esta ciudad-estado del Oriente, que ha logrado convertirse en la principal metrópolis del sudeste asiático. Tal esfuerzo se explica por la relación estrecha percibida entre la confiabilidad de un sistema socio-económico y administrativo para operar en sectores sensibles y transnacionalizados como el financiero, el comercio en gran escala y el turismo, con la transparencia y probidad de las actuaciones públicas en una república comercial. En la medida que los actores transnacionales perciben que tal transparencia existe, aun cuando el sistema político no sea una democracia occidental, estiman que prevalecen condiciones de orden público favorables para el desarrollo de los negocios, lo que se traduce en muchos casos en la instalación de sedes regionales de empresas multinacionales.

El camino escogido por las autoridades de Singapur para disminuir fuertemente la corrupción combina fuertes controles internos en la administración, severas sanciones a quienes son sorprendidos infringiendo las normas, y un elemento adicional, consistente en una «superagencia anti-corrupción» dotada de amplios poderes de investigación de la conducta funcionaria y privada, con énfasis en el comportamiento económico de los funcionarios y de sus familias. El sistema incluye la discutida figura del enriquecimiento ilícito, que invierte la carga de la prueba judicial de manera que el dueño de determinados bienes debe demostrar que los ha obtenido legalmente para destruir la presunción legal de un origen irregular de éstos.⁶

6 Robert Klitgaard, *Controlando la Corrupción*, (La Paz, Editorial Quipus, 1992), pp. 166-167.

Conclusiones

La caracterización de diversos perfiles de corrupción en el sudeste asiático muestra que el problema de los comportamientos corruptos trasciende las diferencias de tamaño y régimen de los sistemas políticos, así como las estrategias de desarrollo económico y sus resultados. Los sistemas políticos y económicos muestran diferentes flancos de vulnerabilidad en los cuales, a menos que se desplieguen combinaciones apropiadas de enfoques preventivos y represivos contra la corrupción, tienden a manifestarse las prácticas corruptas del nepotismo, del clientelismo, del oportunismo y otras que hemos examinado en este trabajo. En los sistemas políticos estables, es posible avanzar considerablemente hacia el control efectivo de los niveles de corrupción si existe una voluntad modernizante decidida y persistente, así como los medios apropiados para implementar una política contra la corrupción. Las demandas sociales de probidad aumentan junto con las exigencias de una política más democrática; en un contexto no democrático o pre-democrático, la lucha contra la corrupción depende solamente o de manera preponderante de la voluntad de una dirigencia autoritaria ilustrada.